Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Las Ciencias y las Humanidades en los Umbrales del siglo XXI

La historia de las Ciencias Sociales

Immanuel Wallerstein





Universidad Nacional Autónoma de México

En este ensayo se ofrece al lector una historia de las ciencias sociales, desde que surgieron como parte de las grandes divisiones del mundo del saber. En particular se estudia su evolución desde el siglo XIX, hasta nuestros días en que parecen borrarse las disticiones que permitieron su delimitación por disciplinas, y en que surgen nuevas formas de especialización interdisciplinaria.

Las distinciones entre pasado y presente, entre "nosotros" y los "otros", así como la separación del mercado, el Estado y la sociedad civil como las áreas para el estudio de la economía, la política y la sociología, respectivamente, tienden a desvanecerse ante recientes enfoques intelecutales como las ciencias de la complejidad y los estudios culturales. En todas las ciencias, y en particular en las sociales, se debaten viejos y nuevos problemas sobre el universalismo, la interdisciplinariedad, el multiculturalismo y la reunificacion del saber.

El ensayo no sólo cubre la historia de las ciencias sociales sino su actual desarrollo y el del futuro inmediato.

Immanuel Wallerstein

Es director del Centro Fernand Braudel para el Estudio de Economías, Sistemas Históricos y Civilizaciones en la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) de Binghamton y director de la revista trimestral Review de ese mismo centro.
Actualmente es presidente de la Asociación Internacional de Sociología.

LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Videoteca de Ciencias y Humanidades

Colección:
Las Ciencias y las Humanidades
en los Umbrales del Siglo XXI

LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Immanuel Wallerstein





Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades
Coordinación de Humanidades
México, 1997

ganz1912

Primera edición, 1997

Coordinación Editorial:
Maya Aguiluz Ibargüen
Diseño de portada:
Ma. de los Ángeles Alegre Schettino

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ISBN: 968-36-6488-1

Immanuel Wallerstein

Es director del Centro Fernand Braudel para el Estudio de Economías, Sistemas Históricos y Civilizaciones en la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) en Binghamton, director de la revista trimestral Review *de ese mismo Centro y presidente de la Asociación Internacional de Sociología (ISA).*
Las reflexiones de Immanuel Wallerstein en torno a la evolución del sistema mundial moderno y la economía-mundo, reunidas desde mediados de la década de los setenta en distintas publicaciones individuales y colectivas, constituyen una obra de referencia imprescindible entre los estudiosos del mundo actual.
El primer volumen de su trilogía sobre el moderno sistema mundial apareció en 1974 (The Modern World-System, *Nueva York, Academic Press) y cinco años más tarde se inició su edición española por parte de Siglo XXI Editores bajo el título* El moderno sistema mundial. *Algunos de sus libros más recientes en español son:* Después del liberalismo *(México, Siglo XXI Editores/CEIICH-UNAM, 1996);* El futuro de la civilización capitalista *(Barcelona, Icaria, 1997) y, como coordinador,* Abrir las ciencias sociales *(México, Siglo XXI Editores/CEIICH-UNAM, 1996).*

LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES*

Hablar de la historia de las ciencias sociales implica que tenemos una concepción acerca de cómo se constituyeron éstas. Las ciencias sociales son una creación, una invención muy reciente. Debemos tomar en cuenta la manera como hemos construido esta estructura que parece hoy tan institucionalizada, tan fuerte, pero en crisis perpetua.

Comencemos con el medievo occidental. En ese momento el mundo del saber fue, antes que todo, un mundo de clérigos. El saber fue la explicación de la verdad por las autoridades clericales. Ellos fueron los intelectuales que explicaron los valores centrales de la civilización: la verdad, lo bueno, lo bello, etc. La modernidad fue, entre otras cosas, una tentativa de secularizar las investigaciones y en general el mundo del saber. Representó, en parte, una reacción en contra de la verdad declarada como autoridad, una reacción que

* Transcripción de la conferencia presentada con el título "El futuro de las ciencias sociales" en el marco del seminario "La herencia y el futuro de la sociología en siglo XXI", que se realizó del 17 al 19 de febrero de 1997 en coordinación con el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, siendo su director el doctor Ricardo Pozas Horcasitas.

se manifestó de dos maneras. Durante los siglos XV y XVI se insistió en la posibilidad de que cada individuo accediera sin autoridad a la verdad y a lo bueno. El Renacimiento significó la posibilidad para los filósofos de conocer la verdad por medio de la racionalidad, por la racionalidad de sus individuos. Así, las leyes naturales, descubiertas y no inventadas por los filósofos, fueron un encuentro del conocimiento racional. La Reforma insistió en el acceso directo del individuo a Dios y a lo bueno sin intermediarios, sin el clero. Esta idea de que es posible para todo el mundo acceder directamente a la verdad y a lo bueno fue evidentemente un cambio muy importante, un desafío para las autoridades existentes.

Pero cuando los filósofos decían que "todos" podían acceder a la verdad no pensaban precisamente en todos. En realidad pensaban en ciertas personas muy inteligentes que podrían observar lo que son las leyes naturales. Pensaban evidentemente en una élite, pero una élite sin núcleo. Entre los siglos XVI y XVII, los filósofos quisieron recuperar para sí todas las funciones que poseía el clero; si éste tenía la autoridad de afirmar lo que es verdadero, lo que es bueno, lo que es bello, los filósofos aspiraron a poder cumplir la misma función. Se trató entonces de una rebelión de los filósofos contra los teólogos y no de una transformación de la unidad del saber. Sin embargo, lo que hicieron los filósofos y evidentemente los reformistas fue plantear la posibilidad de acceder a una verdad, plantear que existía un saber fuera de las autoridades existentes. Introdujeron la duda en la búsqueda de los valores.

A través del tiempo ciertas personas, alrededor del siglo XVIII, empezaron a cuestionar la diferencia entre el teólogo que decía su verdad, y en ello poseía su autoridad, y el filósofo que hacía lo mismo. Esas personas comenzaron a llamarse científicos. Postularon que la verdad se descubre empíricamente y que no es deducible de leyes naturales o de ordenamientos

divinos. La realidad podía ser descubierta en el mundo actual a través de métodos particulares que se denominaban métodos científicos. Por primera vez, se dio un divorcio entre la ciencia y la filosofía. Antes, las dos palabras se utilizaban para significar más o menos lo mismo. Es importante mencionar que este momento, cuando los científicos trataron de tomar el poder de los filósofos, fue distinto a la confrontación entre los filósofos y los teólogos. Los filósofos tomaron para sí todos los valores, todas las búsquedas y las investigaciones que hacían los teólogos, pero los científicos no. A ellos les interesó únicamente la búsqueda de la verdad, porque es por medio de ella como podemos conocer empíricamente. Lo bueno y lo bello no son ideas científicas y los filósofos dejaron de discernir sobre éstas, mientras que nosotros, los científicos, exigimos la exclusividad de la búsqueda de la verdad.

Con este divorcio tenemos, por primera vez, lo que llamamos en el siglo xx las dos culturas: la cultura filosófica, humanista, y la cultura científica natural. Este momento fue también de renovación, de rehabilitación de la universidad (que sin esta separación habría sido una institución más o menos moribunda). A partir de entonces se inicia la construcción de lo que actualmente llamamos universidad: una institución burocratizada, con profesores pagados, con estudiantes que siguen un curso; donde se establecen cátedras específicas y eventualmente departamentos, facultades o escuelas con nombres específicos. La universidad medieval europea tenía cuatro facultades: medicina, derecho, teología y filosofía. En tanto que la medicina y el derecho fueron más prácticas, ya que formaban personas que realizaban una actividad particular en la sociedad, la teología se dirigía específicamente al clero; mientras que la filosofía fue todo lo otro y en su seno se construyó lo que existe actualmente. Recordemos que hasta hoy, cuando llegamos al grado más alto de estudios, obtenemos el de doctores en filosofía. Es la herencia de una estructura antigua.

La facultad de filosofía se disgregó esencialmente en dos partes: una facultad que se denominó durante mucho tiempo facultad de ciencias naturales o ciencias puras y otra de humanidades o de artes y letras (por supuesto, los nombres difieren según los distintos países); sin embargo, la idea es que existían dos tipos de estudios, dos tipos de saber y dos epistemologías, en resumen dos culturas. La facultad de ciencias buscaba la verdad empíricamente probada, y la de humanidades discutía las cosas humanas, lo que es bueno, lo que es bello, etcétera.

Al mismo tiempo ocurrió un pequeño evento que tuvo el nombre de Revolución francesa. Éste fue un momento importante en la historia moderna no por razones políticas ni económicas sino por razones culturales, pues a consecuencia de la Revolución se dio un cambio total en la geocultura, lo que yo llamo la geocultura de la moderna economía-mundo. Porque la Revolución francesa y sus periodos sucesivos han tenido el resultado de expandir, a través del mundo europeo, dos ideas que antes no fueron consideradas consensualmente, pero que desde ese momento comenzaron a ser una doctrina que tenía el apoyo de muchas personas. Primeramente, la idea de la normalidad del cambio social y político, no la realidad de dichos cambios —ya que la realidad existía—, sino el que la gente reconociera el cambio como algo normal.

La segunda idea es una transformación de la idea de la soberanía. Ésta fue una idea moderna también del siglo XVI, porque desde entonces se relaciona con la estructuración de los Estados, con la construcción de un mundo interestatal. Sin embargo, la soberanía estaba en manos del soberano, un soberano rey, un soberano emperador, un soberano tal vez legislativo. Es después de la Revolución francesa cuando el término se identifica con el pueblo; aparece la idea del pueblo soberano, y aunque "pueblo" sea difícil de definir, era claramente diferente del rey.

Las dos ideas, la normalidad de cambio y la soberanía del pueblo, contenían un carácter revolucionario porque todo se volvía posible a partir de ellas; sobre todo significaron un riesgo para quienes poseían y ejercían el poder. Desde este momento, el principal problema fue cómo circunscribir dichas ideas, cómo limitar sus efectos, siendo ideas tan aceptadas.

Con el objeto de circunscribir, matizar y sobre todo, dominar la normalidad del cambio y la soberanía se formularon varias respuestas. Una de ellas fue concebir la posibilidad de las ciencias sociales, por una razón fundamental: a fin de vigilar y controlar los procesos de cambio social, se tenía que estudiarlo en detalle. La idea de que el cambio es normal tiene una historia, tiene reglas, que podían ser descubiertas, explicadas y utilizadas con la finalidad de controlar el proceso mismo.

Con esto comenzó a surgir entre las humanidades, por una parte, y entre las ciencias naturales, por la otra, un sector, una zona, que empezó a tomar el nombre de ciencias sociales. ¿Cuáles fueron esas ciencias sociales? Sobre todo al comienzo existía un nombre antiguo: historia. "Historia" es un término de la antigüedad, de todas las civilizaciones del mundo. Los historiadores fueron, sobre todo entre los siglos XVI y XVIII, simplemente quienes explicaban la gloria del rey y del reino. Pero a partir del siglo XIX tuvo lugar una revolución historiográfica, inicialmente en Alemania, cuyo contenido consistió en sostener que en el mundo existían datos reales que un investigador podía poner al descubierto empleando medidas empíricas.

Los historiadores insistían, incluso hasta hoy, en que la historia debía aplicarse únicamente al pasado, no al presente. ¿Cuál fue la lógica de esta afirmación? La lógica de la investigación científica y la lógica de la objetividad. Los historiadores plantearon que el problema es que el historiador, al tener una posición política y cultural particular, podría influir en lo que escribe y en lo que descubre. A fin de minimizar la po-

sibilidad de esta influencia "ilícita" de las opiniones del historiador sobre la historia verdadera, pensaron que éste debía limitarse al pasado, porque en él no hay demasiadas razones para opiniones parciales. De manera que para maximizar la posibilidad de un conocimiento objetivo de la historia debía limitarse al pasado.

Otra razón fue la del tipo de datos empíricos que empleaban los historiadores. Se trataba evidentemente de los datos empíricos escritos en el pasado y resguardados en lo que llamamos archivos, pero sobre los cuales existía el control directo de los gobiernos que restringían el acceso a los documentos en tanto no rebasaran un periodo aproximado de cincuenta años. De manera que ésta fue otra limitación de los historiadores, generada por las disposiciones de los gobiernos, que circunscribió la discusión histórica exclusivamente sobre el pasado. Discutir el pasado para entender cómo controlar los procesos de cambio social tiene un interés, pero ese interés estaba orientado hacia el logro de la unidad nacional, lo que en otras palabras significaba limitar, por ejemplo, el conflicto de clases.

Veamos ahora lo que ha sucedido con otras ciencias sociales de más reciente origen y enfocadas a analizar lo que sucede en el presente.

La economía, la política, la sociología, se constituyeron como ciencias limitadas al estudio del presente. ¿Cuál es la lógica de estas tres ciencias sociales? Por la misma razón que aducían los historiadores al concentrarse en el pasado; en la economía, en la ciencia política y en la sociología se pretendió maximizar la neutralidad de los investigadores, pero a diferencia de los historiadores, la seguridad de tal fin se ubicó en el control social sobre ellos. ¿Qué tipo de control social? El control recayó en los datos que emplean estas tres ciencias sociales, ya que al poder ser observados por cualquiera, era posible también reconocer si éstos habían sido falsificados. Por eso los datos sobre los que se ejercía mayor control fueron los cuantitativos, que existen en el presente y no en el pasado. La justifica-

ción epistemológica se concentró en la idea de leyes universales de la conducta social, pues si éstas existían en el presente, se aplicaban también al pasado; si se descubren en el presente se aplican deductivamente al pasado.

¿Por qué tres ciencias sociales enfocadas al presente y sólo una —la historia— al pasado? Porque la economía, la ciencia política y la sociología, respondieron a la lógica de la ideología liberal que concibió la modernidad como la separación de tres áreas diferentes de la realidad, mismas que se reflejaron en la investigación social: el mercado, el Estado y la sociedad civil. Por eso, el área del mercado correspondió al estudio de la economía; la del Estado a la ciencia política; y la sociedad civil, es decir lo que queda después de eliminar el mercado y el Estado, a la sociología.

Es preciso observar que estas cuatro disciplinas fueron construidas en la Europa de finales del siglo XIX y específicamente en unos cuantos países; poco después, casi el 95 por ciento de los investigadores sociales procedían de cinco países: cuatro del continente europeo (Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia) y uno del americano (Estados Unidos). Y la mayor parte de la investigación se concentró en estudiarse a sí mismos por presiones sociales, por facilidad, por razones de objetividad, etcétera.

Para el resto de las sociedades, para *los otros* pueblos, es decir para "los bárbaros", se crearon disciplinas separadas que se clasificaron de acuerdo a una tipificación de "los bárbaros": para los bárbaros verdaderamente bárbaros, surgió la etnología, y para los bárbaros menos bárbaros, que tomaban el nombre de altas civilizaciones (altas, pero finalmente *otras*) como China, India, el mundo árabe, etc., se inventaron los estudios orientales. La distinción es clara: las regiones en las cuales existían imperios burocráticos a través de la historia fueron tema de los estudios orientales, porque estas regiones tenían libros escritos, una lengua más o menos unificada para toda la región, una religión "universal" (islam, taoísmo, budismo, etc.)

y fueron temas de investigación histórica, pero diferente de la de tipo etnográfico.

Alrededor de la segunda guerra mundial, existían unos cuantos (quizá no más de siete) departamentos, facultades o escuelas importantes en la mayoría de las universidades del mundo, que podemos llamar de ciencias sociales y que tomaban nombres similares en todos los países.

Tras la segunda guerra mundial esto cambió muchísimo, porque después de la guerra hubo una expansión económica increíble, la más grande en la historia del mundo moderno. Y con ésta, una expansión increíble de las universidades mundiales. En todos los países se crearon universidades y se amplió la matrícula estudiantil. Hubo un crecimiento enorme en comparación con el periodo de la preguerra. Esto creó inmediatamente un problema para los investigadores por la búsqueda de originalidad y se trasladó al ámbito universitario como la búsqueda de un tema de estudio que no hubiera sido antes escrito. Derivó en una suerte de invasión de territorios de otras disciplinas. Por ejemplo, en la sociología, inmediatamente después de la guerra de 1945, surgieron dos subdisciplinas que no existían antes: la sociología política y la sociología económica. Entre los años sesenta y setenta se creó la sociología histórica. Después de veinte o treinta años de sustracción recíproca entre las disciplinas, llegamos a observar que cualquier disciplina estudiaba todo. En realidad no existían límites precisos, los títulos de las ponencias en los congresos de ciencias sociales no variaban mucho de una disciplina a otra, aquéllos consistían solamente en añadir un adjetivo particular en cada caso: análisis sociológico del trabajo, análisis económico del trabajo, análisis histórico del trabajo, etcétera.

El segundo problema del mundo social, después de 1945, fue la descolonización del mundo, el surgimiento de los pueblos del tercer mundo políticamente. Ya no era posible considerarlos como *los otros,* utili-

zando métodos de investigación caducos; no era posible comprender lo que sucedió en la India a través de los métodos etnográficos o los estudios orientales; simplemente no era realista. Con esto, el mundo del saber siguió a la realidad, primeramente empleando el concepto de estudios regionales (*area studies* en inglés) que permitía a los historiadores, a los sociólogos, a los economistas, hacer estudios en otros países. Y con esto cambió la realidad organizativa de los departamentos, facultades o escuelas. Sobre todo, se eliminó la lógica de la antropología y de los estudios orientales, como entidades disciplinarias separadas. Una lógica que originalmente estuvo basada sobre el hecho de estudiar a *los otros.* Si *los otros* son parte de nosotros ¿por qué tenemos disciplinas separadas?, ¿cómo estudiar a los otros bajo el método de considerar que somos nosotros, pero no nosotros? Tuvo lugar entonces una solución muy fina para tal dilema. La solución fue el *desarrollismo*; no como concepto político, y sí como concepto del pensamiento teórico.

El *desarrollismo* plantea que los otros son los mismos, aunque no exactamente los mismos porque todos nos encontramos figurativamente colocados en una escalera con escalones (etapas) asignados. Si Estados Unidos se encontraba en el cuarto escalón, a México le correspondía el segundo y a otro país el segundo o el tercero, así sucesivamente. Con esto se solucionó el dilema; todas las sociedades eran lo mismo porque estaban en la misma escalera, pero no en el mismo lugar. Es una solución que trató de manejar el sistema antiguo con cambios mínimos.

Sin embargo, la historia continúa y la observamos a través del terremoto social de 1968 (en México, en Estados Unidos y en gran parte del mundo). No voy a discutir este suceso en sí sino voy a insistir en sus consecuencias, especialmente para los problemas intelectuales y la universidad.

Uno de los principales temas que trajo consigo aquella rebeldía de fines de los sesenta, fue la existen-

cia de poblaciones importantes olvidadas en el mundo económico-político, evidentemente también olvidadas por el mundo del saber: las mujeres, las minorías de todos los países, los indígenas, los homosexuales, etc. El resultado en el seno de la universidad fue el florecimiento de estudios sobre estos pueblos y sectores olvidados para lo cual se crearon centros de investigaciones, programas y departamentos o coordinaciones especiales.

Después de más de 25 años ha aumentado muchísimo este florecimiento de intereses intelectuales que no existían en la universidad antes de 1968. Al mismo tiempo, en los años sesenta y sobre todo en los setenta, emergieron dos movimientos importantes en el mundo del saber (utilizo la palabra movimiento deliberadamente como movimiento intelectual y no como movimiento social), que no provenían de las ciencias sociales; uno de estos movimientos provino de las ciencias físicas, naturales o puras, fue el movimiento de las ciencias de la complejidad; el otro movimiento provino de las humanidades y surgió de los estudios vinculados a los contextos locales, a las situaciones diferentes, los cuales se denominaron, estudios culturales.

Las ciencias de la complejidad emergen propiamente en la década de los setenta como una reacción contra las ideas dominantes dentro de la concepción científica. La ciencia moderna se construyó sobre el legado del pensamiento cartesiano y se fundamentó en el determinismo, según el cual todo está determinado por leyes de aplicación universal que explican no sólo lo que acontece en el presente, sino también lo que pasó y lo que puede acontecer en el futuro. Esta idea de ciencia ha sido dominante por lo menos hasta hace veinte años y su pretensión universal se ligó con los requisitos de proceso de conocimiento científico promoviendo principalmente el de la no implicación del investigador en su propio proyecto. Contra esto se manifestaron algunos sociólogos, pero también químicos, matemáticos, físicos, etc., para quienes tal deter-

minismo era insostenible, no por incapacidad de comprenderlo, sino porque demostraron que incluso los más pequeños cambios podían tener consecuencias enormes en las trayectorias de los acontecimientos o fenómenos. Esta nueva noción, que prefigura los procesos de caos y complejidad, empezó siendo mostrada dentro del mundo físico y de las prácticas matemáticas. Ahí comenzó a observarse que los procesos no son lineales y que los sistemas, lejos de conservar equilibrio, llevan a momentos de bifurcación. Bifurcación es una palabra técnica; quiere decir que existen, al menos, dos soluciones para una ecuación, pero la ecuación no determina el resultado, por eso el investigador está implicado necesariamente en todo momento, porque la ciencia es parte de la cultura.

Uno de los resultados más importantes de las observaciones a través de las operaciones matemáticas es el concepto de la flecha del tiempo, que rompió con la idea newtoniana de que todos los procesos son reversibles y, por tanto, de que el tiempo no importa nada. Se demostró, por el contrario, que los propios átomos tienen una historia y que todos los procesos son históricos. Se hizo evidente una idea sostenida por largo tiempo dentro de las ciencias sociales, sobre todo defendida por una parte de los historiadores y los científicos sociales.

Pero, por otra parte ¿qué fueron los estudios culturales? El mundo actual es tan complicado, se ha desarrollado en tantas direcciones, que es difícil establecer un punto de acuerdo sobre la esencia, o mejor, el significado de los estudios culturales. Desde mi punto de vista, los estudios culturales fueron, ante todo, una rebelión no contra la ciencia en sí, sino contra la estética; contra el concepto del arte por el arte; contra la existencia de cánones que autorizaran tal o cual búsqueda de la belleza o determinados factores objetivos para calificar una belleza perfecta. Por esto, quienes se han dedicado a los estudios culturales consideran los cánones como una invención de personas

particulares, es decir, con una posición social y política particular por lo que las interpretaciones de las cosas y las situaciones que se viven no pueden ser subjetivamente las mismas. Para percibir e interpretar los productos culturales habría que suponer en qué contexto fueron creados; en qué contexto los productos culturales son utilizados, recibidos, leídos o apreciados. Y el contexto varía y cambia; el contexto para uno no es el contexto para otro.

Esta idea de que existe un contexto social que permite apreciar los productos culturales, me parece la idea central de los estudios culturales, pero subrayo también en este caso que se trata de una idea muy cercana a la que sostenían desde tiempo atrás los científicos sociales.

¿Dónde nos hallamos hoy? Y si nos referimos a los nombres que reciben las distintas disciplinas ¿cuántas son las disciplinas del saber? Si nos ubicáramos en 1800 o 1850, quizá doscientas. No hay ningún acuerdo. Si pensamos en 1945, la lista sería muy reducida, unas veinte para el abanico del mundo del saber, con nombres clásicos: física, química, matemáticas, sociología, lengua y literatura inglesa o castellana; en fin, una lista muy reducida. En la actualidad, si pensamos en los nombres, diremos que han aumentado, no son doscientas sino más. Esta última tendencia hacia el aumento podría ser graficada como una curva pendular. Pero si nos detenemos en la cuestión de lo que en términos estrictos nombramos como disciplinas del saber, o bien, de los límites claros de la definición, la curva sería inversa. ¿Qué quiero decir con esto? Simplemente que hacia la mitad de este siglo, era muy clara la delimitación de cada disciplina, lo que era física, lo que era sociología, economía, etc. Hoy no sucede lo mismo; la curva es inversa, ascendente-descendente. Cuando pensamos en el aspecto de la universidad, las relaciones entre las tres megadisciplinas creadas en el siglo XIX (las ciencias puras, las humanidades y las ciencias sociales), la situación se torna muy inte-

resante, porque la situación desde 1800 fue el divorcio entre lo que llamamos dos culturas: la filosofía y la ciencia, luego dos epistemologías claramente diferentes o incluso opuestas. Las ciencias sociales se han ubicado en el punto medio de esos dos extremos, en su interior hay quienes se acercan a las ciencias puras, como los economistas, o quienes lo hacen hacia las humanidades, como los historiadores. Pero ciertamente las ciencias sociales han pasado estos dos siglos sin una epistemología original, han oscilado entre la epistemología de las humanidades, por un lado, y la científica, por otro.

Si se piensa la situación actual, con el surgimiento de estos dos movimientos intelectuales nuevos —ciencias de la complejidad y estudios culturales—, por primera vez hay un grupo importante de científicos puros que se inclinan por las ciencias sociales (el énfasis en la flecha del tiempo, por ejemplo) y un grupo importante de humanistas que se especializan en la ciencia social (el énfasis en el contexto social), con lo que comienzan a reunificarse las tres megadisciplinas sin que realmente los científicos sociales se hayan percatado.

Lo que me parece obvio decir es que tendremos que repensar la estructura organizacional de las ciencias sociales; esa estructura creada en el siglo XIX no tiene sentido intelectualmente hablando. Si bien existe tanto una realidad organizacional del saber fuertemente establecida y una realidad en las diferencias culturales de las disciplinas: la cultura de los sociólogos, la cultura de los economistas, la cultura de los historiadores, que leen libros diferentes y se refieren a autores y pensadores a veces diferentes; también han dejado de existir las distinciones que dieron sentido a las elaboraciones disciplinarias que conocemos: la distinción entre el pasado y el presente no existe; la distinción entre nosotros y los otros no existe y, finalmente, la distinción entre las tres áreas separadas de la modernidad (mercado, Estado, sociedad civil) es falsa.

Debemos reconstruir todo. Debemos aceptar con razón que las ciencias conforman el mundo del saber, forman parte de la cultura general, y que el investigador no puede sustraerse de su cultura. Por otra parte, me parece que deben terminar distinciones tales como la que separa a los seres humanos y la naturaleza, que fue una invención de los siglos XVI y XVII y plantearnos reunificar nuestra epistemología del saber; debemos terminar con el divorcio entre ciencia y filosofía, con la distinción entre la búsqueda de la verdad y de lo bueno y reunificarlos a través de la historia, con la salvedad de los dos últimos siglos.

Es posible que logremos diálogos entre los cientistas de la complejidad y los estudiosos de la cultura —que no es la situación actual— con la mediación de los científicos sociales. Todo lo anterior es una propuesta inclinada hacia el optimismo y con una pretensión "imperialista" por parte de las ciencias sociales, sólo y únicamente en el entendido de que todo llega a ser ciencia social. No hay otra cosa en el mundo del saber. Todo es ciencia y todo es social.

La historia de las Ciencias Sociales, de Immanuel Wallerstein, terminó de imprimirse en la ciudad de México, durante el mes de diciembre de 1997, en los talleres de Signum Editores, S.A. de C.V., Calzada del Hueso 140, Col. Ex-hacienda de Coapa. Se tiraron mil ejemplares sobre papel bond de 90 grs. y en su composición se utilizaron tipos Bookman Old Style de 12, 11, 9, 8, 7 y 6 puntos. La corrección de estilo estuvo a cargo de Josefina Jiménez Cortés y la lectura de pruebas a cargo de Juana Xóchitl Escamilla. La formación tipográfica la realizó Alida Casale.